

# La máquina del tiempo y el posconflicto

NICOLÁS RODRÍGUEZ



HACIA AFUERA EL DISCURSO DEL presidente es de paz y respeto hacia las víctimas. Lo vimos ante la ONU ventilando su bienvenido deseo de encontrar la fórmula que satisfaga los requerimientos de la justicia y su interés en resarcir a las víctimas sin sacrificar las posibilidades de una negociación con las Farc.

Comparado con el cinismo uribista en el que la idea de un conflicto armado no era sino el efecto de la imaginación febril

de un par de amigos del terrorismo, el libreto santista es un gran avance. Parecería lo mínimo tras tantos años de violencia, pero dada la prehistoria en la que estábamos, sus palabras son progresistas. Vienen del futuro.

Por lo mismo, contrastan con la postura que ha asumido el ministro de Defensa, por supuesto azuzado por el primer mandatario, pues de lo contrario no se entendería que se le permita continuar con el tono amedrentador que utiliza cada que los medios lo permiten.

Lo último que supimos sobre esta puesta en escena de parlamentos que viajan al futuro y de la nada vuelven al pasado, es que al señor ministro no le van los resultados del informe final del grupo de memo-

ria histórica que el propio Santos avaló al pedir perdón en nombre del Estado por todos los excesos de la fuerza pública.

Según palabras de Pinzón, no se puede equiparar la violencia de los unos con la de los otros. Como si no hubiese sido suficiente con la aprobación de un fuero militar que ni siquiera Uribe logró, ahora es preciso retomar la doctrina en la que las víctimas de la violencia del ejército valen menos que las del resto.

“No podemos aceptar que traten de construir una memoria histórica basada en las hipótesis de sectores radicales”, se le oyó decir a esta voz ministerial que habla desde el presente, recuerda el pasado y muy probablemente oiremos en el futuro.

# Salvar el pellejo

NICOLÁS URIBE RUEDA



NO NECESITA UNO TENER INFORMACIÓN privilegiada para entender que el proceso de paz atraviesa por un momento complicado. No sólo es la ausencia de resultados concretos en la mesa lo que dificulta su avance y su aceptación popular, sino también, dicen algunos, el proceso se estanca como consecuencia de una serie de factores de naturaleza política.

Unos sostienen que el reciente debilitamiento del Gobierno en las encuestas ha afectado su posición frente a las Farc y otros afirman que a los negociadores les hace falta voluntad para llegar a los acuerdos. Muchos dicen que lo que pasa es que los terroristas le tienen miedo al incumplimiento del Gobierno y otros tantos, como el presidente Pastrana, creen que en medio del proceso electoral es imposible no politizar la negociación y confundir el interés general por la paz con el propósito particular de la reelección presidencial.

Pero hablemos con franqueza y reconozcamos que todo lo anterior son simples excusas. Lo que pasa en realidad nada tiene que ver con el comportamiento del Gobierno, sus aciertos o sus equivocaciones o con las condiciones en las cuales se desarrolla la negociación. Tratar de encontrar razones que expliquen las dificultades por las que atraviesa el proceso consultando visiones desde la legalidad resulta francamente ingenuo. Los problemas del proceso no tienen que ver con la voluntad política del Gobierno, ni con la oposición al mismo por diferentes tendencias ideológicas. Tampoco hay que encontrar respuestas a ello en la locuacidad de las Farc a través de los micrófonos, en la complejidad de los temas abordados o en la filtración de información que viene de la mesa. Mucho menos podemos culpar de esta crisis a que se negocia en medio de la guerra.

La explicación es simple y de sentido común, seguramente a tal grado que parece invisible ante el mar de teorías que buscan convencer incautos y volver ciencia ficción un asunto elemental. Lo cierto es que la lentitud de la mesa de La Habana para concretar acuerdos se explica simple y llanamente en la falta de interés de las Farc para lograrlo. La verdad es que este grupo terrorista, que en nada se distancia de una banda criminal, no está detrás de un acuerdo político ni de un puñado de curules y mucho menos de un par de artículos en la ley de desarrollo agropecuario para volver regla general las zonas de reserva campesina. Las Farc lo que quieren es el poder o, en su defecto, la posibilidad de seguir delinquiendo a través del control de los rentables negocios del narcotráfico y la minería ilegal. Y sus jefes, que hace rato abandonaron sus ideas y el afán de defenderlas, ya cansados de vivir corriendo de madriguera en madriguera, lo único que buscan es salvar su pellejo de la persecución militar y encontrar una salida judicial que les permita vivir los quince años que les quedan con algo de dignidad y libertad.

No sé a qué se debe tanto interés en encontrar explicaciones a un asunto obvio. Las Farc esperan que los colombianos les concedan aquello que en el marco del Estado de derecho es imposible y en ello radica la posibilidad de negociar exitosamente con este grupo terrorista. Para que la guerrilla cese en su intención de dispararnos, lo único que sirve es la claudicación. Por eso, ante las dificultades del proceso, no hay que buscar culpables diferentes a las Farc.

## Bacteria



Miguel, Manuel y Guido

# Las agonías del estilo

JULIO CÉSAR LONDOÑO



CON LA VENIA DE SUS LECTORES, LA viuda, Santiago y los gatos, hay que decir que Álvaro Mutis no fue un gran narrador. No es fácil entender por qué fracasó en esa tarea un señor que tenía mundo, oficio y buen pulso, amén de que se movía como pez en el agua en el circuito de los editores, los escritores y los medios de comunicación.

Quizá el problema estribó en que escribía muy bien. Quiero decir que su prosa tenía mucho relieve, y la narrativa es un asunto de prosas planas, como las de Balzac, Carver o Vargas Llosa. Por eso los grandes estilistas no han sido buenos narradores, con las anómalas excepciones de Gabo, Proust o Marai, señores que triunfaron pese a su virtuosa facundia. Por eso un estilista como Capote renunció a la prosa delicada y adoptó una reseca para escribir *A sangre fría*, la obra a la que debe su fama y que opacó por completo a sus otras novelas, todas talladas a mano (y todas mejores que *A sangre fría*, paradójicamente). Sabía demasiado, dice el criminal. Tenía mucho estilo, podría decir el crítico.

Un estilo con mucha textura no sirve para

hacer cuentos, digamos, porque entonces el lenguaje se vuelve protagonista, y el cuento, se sabe, es una forma sintética y esencial cuyo protagonista debe ser el argumento.

Tampoco es aconsejable un gran estilo para hacer novelas porque el autor se siente mucho y el lector se distrae. O desconfía... No puede abandonarse al relato, sumergirse en la historia. Una “prosa elevada” en la novela es impertinente, empalagosa como esos presentadores que hablan mucho, como un *partner* vanidoso o una segunda voz muy alta. Los protagonistas de las novelas deben ser los personajes, no el lenguaje, ni mucho menos el escritor.

El lenguaje puede ser muy visible en el poema porque se trata de un género pretencioso por definición. Y corto.

Otro problema serio fue el tamaño de Maqroll. Mutis no fue capaz de crearle antagonistas a su altura, y Maqroll se quedó sin el contrapunto que requiere un *performance* memorable. Uno es de la estatura de su enemigo más alto, se sabe, y Maqroll está rodeado de caracteres muy frágiles. Maqroll eclipsa a sus personajes, de una manera similar a la sombra que Mutis arrojó sobre su obra. Ante Mutis, siempre tengo la sensación de que hay más anécdotas que narrativa, más biografía que obra. O como le dijo una vez la condesa Elena Poniatowska: “Usted es mejor conversado que leído” (claro que ella se

estaba desquitando porque él le había dicho minutos antes: si tuvieras cinco centímetros más de estatura, hasta los ángeles bajarían a la novelaría).

Es por esto que Mutis pertenece a la segunda división del *Boom*, con Asturias, Donoso, Fuentes y Vargas. También, hay que reconocerlo, porque le tocó un vecindario difícil: ¡Borges, Gabo y Rulfo! De malas el hombre.

Mutis fue casi un genio. Esa fue su tragedia.

Los que saben, dicen que en realidad era poeta; que con él, la naturaleza deja de ser escenografía y pasa al primer plano con peso y carácter específicos. Es verdad. Aunque por la misma época (los años cuarenta) Neruda y Aurelio Arturo estaban haciendo lo mismo, Mutis tiene el mérito de que era mucho más joven. Dicen que *Amén* es un poema perfecto. Es bello, sin duda, pero tiene un defecto fatal: arranca con un verso insuperable: “Que la muerte te acoja con tus sueños intactos”, dice Mutis, y ya no puede decir nada mejor, y el lector siente que el poema decae. Tenía que haber cerrado con ese verso.

No logró colarse en el salón de los inmortales pero en cambio tuvo tratos muy íntimos con esa zorra arisca, la felicidad. Como Wilde, habría podido decir al final: “En mi vida puse mi genio, en mi obra apenas el talento”.